

PIER PAOLO PASOLINI*

Cartas a Silvana

Roma, 10 de febrero de 1950

Queridísima Silvana:

Decidí escribirte otra vez esta mañana porque me arrepentí de mi última carta demasiado desesperada; espero que me lo hayas perdonado. Hoy, sin ninguna razón, me sentí menos oprimido, menos desalentado. Ahora ya es de noche, y estoy aquí con tu carta ante mis ojos. Sabes, vivo cerca del Guetto, a pocos pasos de la Iglesia de Cola de Rienzo. ¿Recuerdas? Rehice dos o tres veces aquel paseo nuestro de 1947, y aunque no he vuelto a encontrar aquel cielo y aquel aire (que va del tremendo gris del guetto al blanco de San Pedro en Montorio; la judía sentada cerca de una cadena contra la puerta oscura; el temporal con el olor de resina, y luego la calle Giulia y el Palacio Farnese, aquel palacio Farnese que no se repetirá jamás, como si la luz después del temporal lo hubiese esculpido en un velo) me he aturdido y consolado. Todavía ahora mi cabeza resuena con los gritos de Campo dei Fiori mientras dejaba de llover. Pero este calor que me invade como un reposo, lo debo a tu carta: está aquí, manchada de lápiz labial y de crema, del carnaval de Versuta y de las flores de Plaza de España. En aquellos tiempos, en 1947, ha empezado mi descenso, que se ha vuelto precipicio después de Lerici; todavía no logro juzgarme y tampoco, como sería fácil, juzgarme mal. Me pides que te hable con verdad y *con pudor*. Lo haré, Silvana, pero de palabra, si es posible hablar con pudor de un caso como el mío; puede que lo haya hecho, en parte, sólo en mis poesías. Ahora, desde que estoy en Roma, con sólo ponerme ante la máquina de escribir empiezo a temblar y no sé ni pensar; las palabras han como perdido su sentido. Puedo sólo decirte que la vida ambigua —como tú dices bien— que llevaba en Casarsa, continuaré llevándola también aquí en Roma. Y si piensas en la etimología de ambiguo, verás que no puede no ser sino ambiguo alguien que vive una doble existencia.

Por eso algunas veces —y en estos últimos tiempos muy a menudo— soy gélido, “malvado”, mis palabras “hacen daño”. No se trata de una actitud “maudite”, sino de la

obsesiva necesidad de no engañar a los demás, de escupir sobre lo que *también* soy. En apariencia, no tuve una educación o un pasado religioso o moralista, pero por largos años he sido lo que se dice el consuelo de los padres, un hijo modelo, un alumno ideal... Esta tradición mía de honradez y de rectitud —que no tenía un nombre o una fe, pero que arraigaba en mí con la profundidad anónima de una cosa natural— me ha impedido aceptar por mucho tiempo el fallo. Debes imaginar mi caso un poco como el de Fabio, sin siquiatras, sin sacerdotes ni curas ni síntomas ni crisis, pero que, como en Fabio, me ha alejado, ausentado. No sé si existen más medidas comunes para juzgarme, o si no se debe más bien recurrir a las excepcionales que se usan para los enfermos. Mi aparente salud, mi equilibrio, mi resistencia sobrenatural, pueden engañar... Pero veo que estoy buscando, una vez más, justificaciones... Excúsame —quería sólo decir que no me es ni me será posible hablar siempre con pudor de mí mismo, y que me será necesario, en cambio, ponerme con frecuencia en la picota porque no quiero ya engañar a nadie— como al fin y al cabo te he engañado a ti y a otros amigos, quienes ahora están hablando de un viejo Pier Paolo, o de un Pier Paolo que debe renovarse. Yo no sé con precisión qué entender por hipocresía, pero ya estoy aterrorizado por ella. Basta de medias palabras: hay que enfrentar el escándalo, me parece que dijo San Pablo... Yo creo, a este propósito, que deseo vivir en Roma porque aquí no estará ni un viejo ni un nuevo Pier Paolo. Aquellos que no han tenido el destino de no amar según la norma, terminan por sobrevalorar el problema del amor. Una persona normal puede resignarse —terrible palabra— a la castidad, a las ocasiones perdidas, pero en mí la dificultad de amar ha hecho obsesiva la necesidad de amar: la función ha hipertrofiado al órgano cuando, adolescente, el amor parecía una quimera inalcanzable; pero cuando con la experiencia la función alcanzó sus justas proporciones y la quimera fue desconsagrada hasta su más miserable cotidianidad, el mal había sido ya inoculado, se había vuelto crónico e incurable. Me hallaba con un órgano mental enorme para una función ya desdeñable; tanto que hasta ayer mismo —con todas mis desgracias y mis remordimientos— he sentido una desesperación irresistible por un muchacho sentado sobre un muro y dejado atrás, desde el tranvía, para siempre. Como ves, te

* Estas cartas escritas por Pasolini cuando joven, forman parte de un Epistolario que está por publicar la casa Editorial Einaudi.

hablo con extrema sinceridad y no sé con cuán poco pudor. Aquí en Roma puedo encontrar, mejor que en otra parte, la manera de vivir ambiguamente, ¿me entiendes?, y, al mismo tiempo, la manera de ser cabalmente sincero, de no engañar a nadie, como acabaría por pasarme en Milán. Quizá te digo esto porque estoy desalentado y te pongo a ti sola en el pedestal de quien sabe entender y compadecer; pero hasta ahora no he encontrado a nadie que sea sincero como yo quisiera. La vida sexual de los otros siempre me hizo avergonzarme de la mía: ¿el mal está, entonces, todo de mi lado? Me parece imposible. Entiéndeme, Silvana, lo que ahora me importa más es ser claro, conmigo y con los demás, con una claridad no a medias, sino feroz. Es la única manera de hacerme perdonar por aquel muchacho espantosamente honrado y bueno que alguien todavía continúa viendo en mí. Pero de todo eso —que continuará quedándote poco claro porque está dicho de manera demasiado confusa y rápida— podremos hablar con más sosiego. Creo entonces que permaneceré en Roma —esta nueva Casarsa—, sobre todo cuando no tengo ninguna intención no sólo de conocer sino de ver a los literatos, personas que me han inspirado terror porque solicitan siempre opiniones, mientras que yo no tengo ni una. Tengo la intención de trabajar y de amar, una y otra cosa con desesperación. Pero entonces, podrías preguntar si lo que me pasó —castigo, como dices justamente— de nada me ha servido. Sí, me ha servido, pero no para cambiarme y menos para redimirme; me ha servido para entender que

había llegado hasta el fondo, que la experiencia estaba agotada y que podía empezar de nuevo pero sin repetir los mismos errores: me he liberado de mi reserva de perversión malvada y fósil, ahora me siento más ligero y la libido es una cruz, pero no ya un peso que me jala hasta el fondo.

Releí lo que te escribí hasta ahora y no me satisface; quizá lo encontrarás un poco escalofriante, como mi carta posterior a Lerici, pero toma en cuenta que entonces empezaba mi descenso hacia la desconfianza, la incredulidad, el hastío, mientras que ahora estoy subiendo de nuevo, o por lo menos eso espero. Tú podrás reconocer lo que de patológico y de febril subsiste en mis palabras, el rastro que haya dejado en ellas mi desesperación de estos días. No tomes otras frases al pie de la letra. Por ejemplo, “Roma, esta gran Casarsa” es una frase que no debe desanimarte, aun cuando sea un tanto odiosa; ha habido también una Casarsa buena, y es ésta la que quiero recuperar. Esta última crisis de mi vida, crisis externa, que es la gráfica de la interior que yo difería de día en día, restableció, por lo menos eso espero, un cierto equilibrio. Hay momentos en que la vida está abierta, como un abanico, se ve en ella todo, y entonces es frágil, insegura y demasiado vasta. Trata de entrever esta totalidad en mis afirmaciones y en mis confesiones. Mi vida futura no será ciertamente la de un profesor universitario; ahora ya estoy marcado por el mismo signo de un Rimbaud o de un Campana o quizá de Wilde, lo quiera o no, lo acepten los demás o no. Es una cosa



incómoda, irritante e inadmisible, pero es así, y yo, como tú, no *me resigno*. Por ciertas palabras tuyas ("entre cosas que te han causado dolor, si de verdad te ha causado dolor") me parece entender que tú también, como muchos otros, sospechas, en mi caso, estetismo y complacencia. Al contrario, te equivocas y te equivocas completamente. Yo he sufrido todo lo sufrible, nunca acepté mi pecado, nunca llegué a un compromiso con mi naturaleza, y tampoco logré acostumbrarme. Yo nací para ser sereno, equilibrado y natural: mi homosexualidad era algo de más, estaba afuera, nada tenía que ver conmigo. La vi siempre a mi lado como un enemigo, nunca la sentí dentro de mí. Sólo este último año me dejé ir un poco; pero estaba abrumado, mis condiciones familiares eran un desastre; mi padre se embravecía y era malvado hasta la náusea; mi pobre comunismo había logrado hacerme odiar, como se odia a un monstruo, por toda una comunidad; se iba perfilando también un fracaso literario, y entonces la única salida era la búsqueda de una dicha inmediata, una dicha en la que perderme. He sido castigado sin piedad. Pero también de esto hablaremos de viva voz, o te escribiré con más calma, ahora tengo demasiadas cosas que decirte. Añadiré ahora mismo un detalle respecto a eso: pasó en Belluno, tenía tres años y medio (mi hermano todavía no nacía) cuando sentí por primera vez aquella atracción dulcísima y violentísima que luego me ha quedado siempre igual, ciega y tétrica como un fósil. Entonces no tenía un nombre, pero era tan fuerte e irresistible, que tuve que inventarlo yo: fue "teta-veleta", y te lo escribo temblando, tanto miedo me inspira este nombre terrible inventado por un niño de tres años enamorado de un muchacho de trece años; este nombre de fetiche primordial, repugnante y tierno. Desde entonces toda una historia que te dejo imaginar, si puedes. Alrededor de los diecinueve años, poco antes de que nosotros nos conociéramos, he tenido una crisis que estuvo en un tris de volverse idéntica a la de Fabio; se resolvió, al contrario, en una neurosis no gravísima, en un agotamiento, en una idea obsesiva de suicidio (que con frecuencia todavía regresa) y luego en la curación. En 1942, en Bolonia, ¿recuerdas?, ya estaba sano como un pez y entero como un árbol. Era, sin embargo, una salud que no iba a durar mucho.

Tú has sido para mí algo especial y diverso de todo lo demás, tan excepcional que no encuentro una explicación, ni siquiera una de esas explicaciones oscuras y tan concretas que aprehendemos en nuestras astutas maniobras del pensamiento. Desde que me abriste la puerta en Bolonia, pocos días después de haber conocido a Fabio, cuando te me ofreciste bajo la figura de una "madonna del duecento" (creo haberlo dicho), y en Milán, después de la guerra, en la editorial Bompiani, en Versuta, en Roma, tú siempre has sido para mí la mujer que hubiera podido amar, la única que me hizo entender qué es la mujer, y la única que, hasta ciertos límites, he amado. Tú entiendes cuál es ese límite; pero ahora debo decirte que algunas veces —no sé cómo ni cuando— lo he traspasado, tímida, locamente, pero lo he traspasado. Si quieres pensar en una situación parecida recuerda "La

puerta estrecha", sin embargo, nunca te he dicho yo algo de mi ternura, porque no confiaba en mí. No quiero añadir más, entiéndeme. En mi última nota, te escribí que tú eras la única, entre todos mis amigos, a la cual lograba hacer confidencias, y esto porque tú eres la única que yo amo verdaderamente, hasta el sacrificio. Por tí, por ayudarte y consolarte, haría cualquier cosa sin la mínima sombra de indecisión o de egoísmo.

Ahora, tu carta, aquí, si la miro, me conmueve ferozmente; se me salen las lágrimas: pienso en lo que he perdido, en el desperdicio de mi vida en la cual no he sabido acogerte.

No puedo continuar más esta carta, las otras cosas que tenía que escribirte te las escribiré mañana. Podría continuar sólo si pudiera abandonarme, pero no puedo, tengo que soltar todavía tanto hielo que queda en mí. Perdóname si te he escrito otra carta odiosa, pero si pudiera escribir con bondad, con toda la bondad de otro tiempo, entonces esta carta no hubiera sido necesaria. Estoy furioso en contra de mí y de mi impotencia, mientras que quisiera decirte toda mi ternura y mi cariño. Te abrazo,

Pier Paolo

Roma, 11 de Febrero de 1950

Querida Silvana:

Continúo mi carta de ayer, curiosamente, cada vez más tranquilo. El repentino alejamiento de mi mundo me ha aislado en otro mundo que siento vacío e irreal. Por otra parte, por la falta absoluta de nostalgia, entiendo cuánto ha sido superada Casarsa. Al fin y al cabo, lo que ahora me preocupa son los problemas de tipo práctico, y por la pesadumbre y la dificultad de mi carta de ayer habrás entendido cómo los problemas esenciales se me quiebran entre los dedos, o en la garganta, como un "mea culpa" repetido mecánicamente.

Me parece que todo se ha quedado en Friuli, como el paisaje. Roma se extiende a mi alrededor como si ella también estuviera dibujada en el vacío, pero tiene todavía un fuerte poder consolatorio, y yo me sumerjo en sus ruidos, dejando así de oír mis notas desentonadas. Ayer me escribió Sereni aconsejándome esperar, él también; en estos últimos dos días la importancia de ser publicado por Mondadori ha vuelto a adquirir sus justas proporciones; espero eso con tanto ardor y desesperación que no oso decírmelo. Luego es preciso que empiece a dar clases privadas, y como en los primeros meses seré huésped de mi tío, no será urgente encontrar un empleo fijo; pero naturalmente que, mientras más breve sea este periodo de espera, tan lleno de angustia, mejor será para todos. Me decías en tu última carta que me mandarías direcciones; si las personas de las cuales me hablas pueden procurarme unas clases, te ruego entonces enviármelas luego; no puedo resistir más este ocio porque, como te dije, no logro, físicamente, escribir.

¿Conoces a Angioletti? Caproni me dijo que Angioletti trabaja para la radio y puede encontrarme trabajo (noticias culturales, variedades) bien pagado; parece que no le resulta muy fácil hallar este tipo de colaboraciones (de hecho el mismo Caproni se cansó pronto) y para mí sería en estos días un trabajo ideal. Si tienes posibilidad de relacionarme con Angioletti, te ruego hacerlo de inmediato. En la otra carta te decía que no quería tener nada que ver con los literatos romanos: exageraba. Me pondré en contacto sólo con los que me parecen "buenos", entiéndeme, con los que toman a pecho las cosas. Caproni y Angioletti me parecen de estos. Quizás mi madre se arreglará en casa de una señora de Ferrara, muy simpática. El arreglo sería óptimo, pero si la cosa no resulta bien, entonces me dirigiría sin más a tu amiga. ¿Cómo agradecerte, Silvana? Nunca te estaré suficientemente agradecido. Además, debo pedirte unos consejos, porque confío mucho en tu instinto y en tu experiencia.

Las novelas que estoy escribiendo son tres. No te alarmes. En estos últimos meses no hice otra cosa más que escribir, hasta diez horas por día.

¿Recuerdas los cuadernitos rojos que asomaban de mi bolsa aquella noche en la que perdiste el tren? Eran los diarios de mi amor por Tonuti. Los he iniciado en 1946 cuando ya todo terminaba, y he continuado escribiendo de tiempo en tiempo, hasta 1948, y resultó un tomito de un centenar de páginas. Pero no estaba contento.

Cronológicamente, yo pasé de la poesía a la prosa, y aquellos fueron mis primeros balbuceos en prosa. En estos últimos meses retomé el libro y alterné el diario con la narración en tercera persona; en suma, he objetivado (en el sentido menor de la palabra, porque no sé si también en el mayor) el hecho, cambiando los nombres de los protagonistas y de los lugares, reconstruyendo todo con menor empeño de confesión y mayor libertad de invención. Pero al libro, que debería resultar de 200 a 250 páginas, le faltan todavía de dos a tres capítulos. El título es *Actos impuros*.

El segundo libro se intitula *Amado mío*, y es todavía más fantásticamente libre de la biografía. El protagonista se parece a mí todavía menos que el de *Actos impuros*, más bien, es muy diverso de mí como carácter. Para él está implícita una condena: de todas maneras su amor por un jovencito es narrado como una leyenda, propiamente con la duración de un cuento breve, aunque su extensión tipográfica sea de cerca de doscientas páginas. Es mi libro "malo", el que hace mal. La acción se desarrolla un poco en Friuli (¿recuerdas lo que te dije de Malafiesta?) y un poco en Roma, la Roma de los cinemas de barrio, de Trastevere, de los barrios en construcción y también de la calle del Tritone. Pienso que éste es mi libro menor pero, con todas sus limitaciones, el más logrado. Pero también en éste me faltan los últimos tres capítulos.

En fin, está la novela a la que apuesto todo: *La mejor juventud*, que es muy diferente a las otras dos, y es muy compleja. Para darte una idea tienes que pensar en una rara mezcla —en su vertiente narrativa dostojewskiana— entre Proust y Verga, sin que falte algún elemento de ese lenguaje babilónico, excéntrico y heterogéneo que en



Italia tiene como magnífico ejemplar a C.E. Gadda. La historia es muy compleja y muy cotidiana. ¿Tienes presente *Crónicas de pobres amantes*? Es algo parecido, pero con la presencia del tiempo, que en el fresco de Pasolini falta. Los hechos me parece habértelos contado en Lericci, pero en estos meses todavía se han enriquecido y completado. A los protagonistas se añaden también tres jóvenes del pueblo (uno emigra clandestinamente a Yugoslavia, otro a Suiza, y otro trabaja en una cantera, y acabará muriendo, mientras que los otros dos regresan desalentados y hambrientos; estos son hechos reales, aún cuando los haya conjugado libremente) así como la historia amorosa de Don Paolo (que ama a un muchacho, Core, que va a América con su padre, y entonces Don Paolo, durante una huelga, escuda con su cuerpo al hermano de Core, y muere); la historia espiritual de Renata (que ama a Don Paolo —pero ten presente que tanto el amor de Don Paolo como el de Renata no están dichos, y el lector debe imaginarlos completamente— y quien, por fin, por ser comunista, es echada del Friuli, donde enseña, y antes de irse organiza una fiesta cuyos fondos son para el proceso de Nello, un amoral, mentiroso y fanático); la historia religiosa de Aspreno (en el que dibujaré a Fabio, simplemente por la experiencia que tuve de él, ya que Aspreno, como caso, es muy diverso al de Fabio); todas esas historias arraigan en la historia de toda la juventud campesina de Friuli (la generación del 27, la “clase enamorada”, como estaba escrito en los muros de S. Giovanni). Te he apenas esbozado las

historias que son, como puedes imaginar, mucho más complejas y circunstanciadas.

Escribí ya más de la mitad del libro, calculaba terminarlo antes de partir de Casarsa. Al contrario, heme aquí, incapaz de escribir un periodo claro. Pero espero que mi astenia sea pasajera. En el caso de que la capacidad para escribir regrese, ¿qué libro me aconsejas llevar a término? Ahora, sólo el encargo de un editor podría darme la fuerza de trabajar y terminar lo que estoy haciendo. Nunca hubiera creído que las cosas terminaran así; por otro lado descubro en eso una dignidad nunca sospechada.

Te abrazo con gran cariño,

Pier Paolo

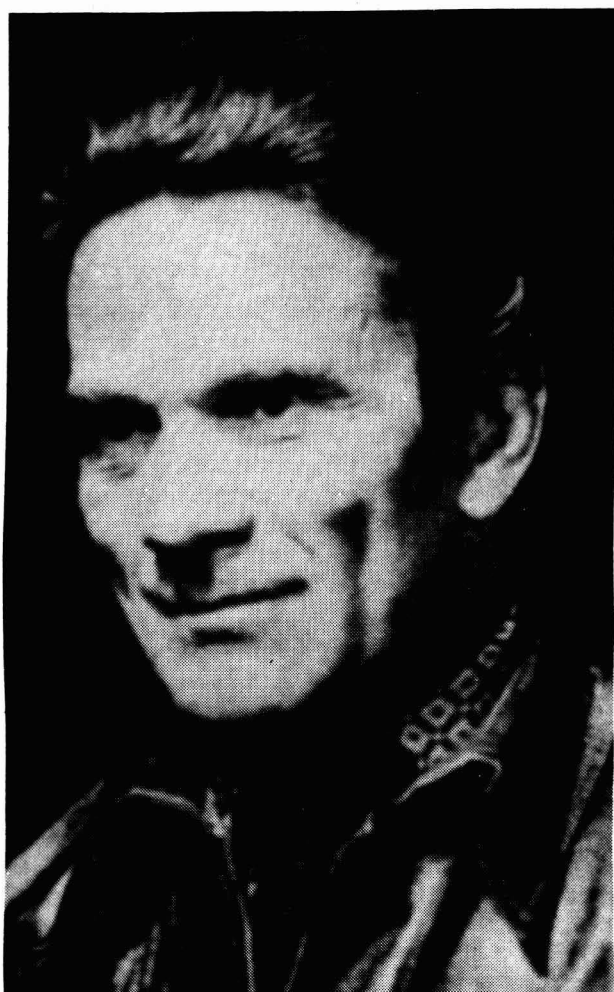
Roma, 1952 ó 1953

Queridísima Silvana:

No te escribí antes por las razones que te he dicho tantas veces: el escribirte me absorbe y para hacerlo necesito una mañana libre, cosa que hasta ahora nunca me tocó, porque, entre otras cosas, llegó a Roma un primo mío (el poeta n. 2 de la familia) que me tiene muy ocupado. Estoy en una tensión continua, fatigosa. El verano es para mí una apuesta que no debo de perder, cuento el tiempo por veranos y no por años.



Me echo en él de cabeza, con una voracidad escuálida e indiferente, no como nada y muero de indigestión, como continuamente y estoy vacío. Los primeros temporales anuncian la tumba y los espero con una turbación ya del todo automática. Cristoforo ha desaparecido, traté de sondear en Villa Borghese, pero ha sido inútil porque los otros como él, o no lo conocen, o no les importa nada de lo que le pueda pasar, o temen que yo me interese en él porque he sido robado, o algo parecido, y entonces me cuentan la primera mentira que les pasa por la cabeza. En cuanto a mí, lo he olvidado ya: un destino vale siempre otro destino. Y Roma me ha vuelto lo bastante pagano para no creer en la validez de ciertos escrúpulos, que son típicamente septentrionales y que en este clima no tienen sentido; ahora puedo entender ciertas actitudes tuyas de piedad, tan diferentes a las mías, mucho más heroicas y positivas que las mías (aunque sí un poco incongruentes): tú tienes tus orígenes aquí. ¿Recuerdas cuando —en tiempos que me parecían muy lejanos— se hablaba de tus intereses por la “relación” con los demás? Era una cosa que para mí tenía un sabor misterioso, no distinto de la “novela de los Mauri”; ahora me lo explico mejor. Quien vive por su tradición étnica en un mundo habitado por extrovertidos, cuyos secretos, cuyas caídas son sensuales y no sentimentales, no puede no interesarse en la relación como forma concreta de una vida vivida en la superficie exterior, social, en el sentido primordial de la palabra. De eso derivan quizá todas las formas convencionales que caracterizan a las conformistas burguesías romanas y meridionales (y también al pueblo, pero de manera más poética: el sexo, no la religión; el honor, no la moral...) o bien las formas de la religiosidad “franciscana”, toda orientada hacia el mundo exterior, activa, curiosa (ve también a Fabio cuya vocación se ha iniciado también de la manera que tú conoces, toda interior). Hace dos o tres años que vivo en un mundo de sabor “diverso”: cuerpo extraño y por ende definido en este mundo, me adecuó a él, con tomas de conciencia muy lentas. Entre ibseniano y pascoliano (para entendernos...) estoy aquí en una vida toda músculos, puesta al revés como un guante, que se explica siempre como una de esas canciones que antes detestaba, del todo desnuda de sentimentalismos, en organismos humanos tan sensuales que se vuelven casi mecánicos; donde no se conoce ninguna de las actitudes cristianas: el perdón, la mansedumbre, etc., y donde el egoísmo toma formas lícitas, viriles. En el mundo septentrional en el que he vivido, había siempre, o por lo menos así me parecía, en la relación entre individuo e individuo, la sombra de una piedad que asumía formas de timidez, de respeto, de angustia, de arrebato afectuoso; para empeñarse en una relación de amor bastaba un gesto, una palabra. Prevaliendo el interés hacia lo íntimo, hacia la bondad o la maldad que está adentro de nosotros, no era un equilibrio lo que se buscaba entre persona y persona, sino un transporte recíproco. Aquí, entre esta gente más dominada por lo irracional, por la pasión, la relación es, al contrario, siempre bien definida, se basa en hechos más concretos: desde la fuerza muscular hasta la posición social... Roma, rodeada por el infierno de sus suburbios,



es estupenda en estos días: la inmovilidad, tan despojada, del calor, es lo que se necesita para envilecer un poco sus excesos, para desnudarla y mostrarla en sus formas más altas. Pensaba que la hubiéramos visto juntos... Pero tú tienes algo mejor a lo cual dedicarte: algo milagroso e indecible para mí, tan fuera de todas las funciones, tan intempestivo y desorientado; y mi estupor es tanto más profundo y sin definición, en cuanto eres tú precisamente quien repite el milagro, tú quien lo hace con todos los síntomas de un terror y de una exultación que conozco bien, tú quien se sumerge en los esquemas de los “otros” mediante esa dificultad que es la poesía. Es esto lo que importa ahora en tu vida, lo que importa en nuestra relación (y lo que, quizá, me haya impedido contestarte inmediatamente, por una especie de confusión, de embarazo del que yo soy el objeto, y de deleitosa ansiedad cuyo objeto eres tú). Todo el resto tiene muy poco valor. No te desanimes si me tardo un poco en contestarte: escríbeme, ténme informado de tu vida y de aquella vida (que —tú lo entiendes— me parece estupenda en su futuro) que se articula en ti. Yo de mí tengo muy poco que decirte (el poeta del premio es Ungaretti; Anceschi, si lo ves, te puede decir algo); mi vida es la de siempre. Tantos afectuosos saludos, también para Ottiero y los tuyos,

Pier Paolo ◇